

COSAS DE NIÑOS

El Pájaro Muerto

Esta historia que ahora os cuento ocurrió en pleno verano. Cuando el sol cae de lleno sobre todas las cosas y el pueblo parece unificado bajo su peso agobiante. El cálido aliento que le dió vida es de todas las épocas, y por esto no lleva retraso ninguno al ser contada en invierno, cuando el frío corta el aire de la calle y todas las puertas de la ciudad permanecen cerradas.

Esta historia es sencilla, porque sencillos fueron los seres que la vivieron. Y la vivieron por su corta edad, limpios de ficción, de argucias o de cualquier gesto estudiado. Eran genuinamente infantiles, pero como sea que todas las cosas de este mundo tienen la transcendencia que uno quiera otorgarles, quizá resulte de esta historia, una historia para todos.

Una familia francesa, vino el verano pasado a nuestra ciudad a disfrutar sus vacaciones, instalándose en una casa al efecto. Para tomar posesión de aquella morada veraniega, tuvieron que personarse en la casa contigua, donde se les hizo entrega de las llaves. De esta entrega de llaves nació una cordial vecindad. Y de aquí, también, que la familia francesa pudo darse cuenta de las excelentes dotes y afabilidad de sus vecinos: un matrimonio de algo de edad y una ahijada suya llamada Montserrat. A estas bondadosas personas acudían los franceses siempre que era preciso, ya fuera en demanda de datos, conocimientos o algún que otro favor casero. Los pequeños franceses llegaron, casi, a no poder determinar cual era su casa transitoria en aquellos momentos de veraneo tal era la convivencia que se estableció entre las dos familias.

Muy pronto y gracias a esta asidua concurrencia, comprobaron, con gran admiración, el inmenso cariño que Montserrat sentía hacia un pajarito que

guardaba en una jaula. Para éste eran las primeras atenciones cada vez que la joven regresaba del trabajo, lo mismo que el último adiós era también para él cuando volvía a marcharse. El pajarito era, en suma, su mejor tesoro. Y pronto lo fué también de los forasteros.

Mas, el pajarito, no pudo gozar por mucho tiempo de sus nuevos amigos. Por una causa ignorada, y en un momento insospechado, desprendióse un fragmento de la techumbre de la jaula, produciendo la muerte instantánea de la frágil avecilla. Cundió enseguida entre los pequeños franceses la triste noticia. Reunidos en casa de Montserrat, depositaron el cuerpecito inerte sobre la mesa y, acodados alrededor del pajarillo, contemplándolo en silencio, todos presentían la escena que se avecinaba. Y así fué como a la hora acostumbrada del regreso de Montserrat, cerrando ellos más el círculo formado alrededor del pajarillo, pretendiendo evitar lo inevitable, conocieron las lágrimas de la joven por la pérdida de su amiguito. La jaula quedaba vacía y en el ánimo de Montserrat quedaba otro vacío.

Pasados unos momentos, los pequeños franceses decidieron enterrar el pájaro muerto. Salieron de su casa para dirigirse al bosque, formando una pequeña comitiva. Otros muchachitos de la calle, intrigados, preguntaron de que se trataba y al conocer la causa, fueron sumándose al cortejo. Delante iba el más pequeño, llevando, como envuelto en un sudario, el cuerpo del animalito. Ya en despoblado, junto a la linde del bosque, escogieron el lugar conveniente para cavar un hoyo, que alguien recordó fuera hondo por tal de preservar al pajarito de algún animal voraz. El lugar del entierro lo marcaron con un cuadro de piedrecitas. Se habló, incluso, de formar guardia para protegerlo de la

rapiña, pero se desistió de ello. Y fué así como la tierra, bondadosa, recibió el cuerpo de aquella tierna avecilla.

La familia francesa, desde aquel momento, se propuso devolver la alegría a su vecinita. Para ellos, su bondadosa vecina debía volver a sonreír ante la presencia de un nuevo amigo de pintadas plumas, y encaminaron sus buenos propósitos hacia tal fin. Cuidó de las diligencias una hermana de los pequeños bella adolescente, la cual contaba, ya en la ciudad, con sinceras amistades en quienes podía encontrar ayuda. En efecto, un joven guixolense conocido suyo le indicó una casa dedicada a la venta de «periquitos» ya que ésta era la raza del pájaro muerto.

Momentos más tarde, al regreso de Montserrat de su trabajo cotidiano, la escena y la sorpresa consiguientes dieron paso a la alegría, tantos días ausente en aquel hogar. Esta vez, las lágrimas respondieron a un sincero contenido de gratitud y contento íntimos, rubricados por la joya infantil de los pequeños franceses al poder contemplar la jaula animada, de nuevo, por un gracioso e inquieto «periquito».

Terminado el verano la familia francesa regresó a su patria, quizás a envolverse en la niebla gris de su región, llevándose añoranzas de un sol y salobre mediterráneos. La morada veraniega volvía a cerrarse y las llaves pasaban nuevamente a manos de sus depositarios. Sin embargo, una sincera y profunda amistad quedaba abierta, indefinidamente, entre una familia francesa y otra catalana, por la fortuita muerte de un pajarillo y el canto de vida del que vino a acupar su lugar, en una ley inmutable de la existencia.